LIBRO DE HECHOS

Lección 37, Capítulo 16

Hoy estudiaremos Hechos, capítulo 16, al que a menudo se le llama el segundo viaje misionero de Pablo. Antes de hacerlo, quiero dedicar un breve momento a resumir lo que aprendimos en Hechos 15, ya que tendrá un efecto significativo en la difusión del Evangelio entre los **gentiles**.

Hechos 15 giró en torno al llamado Concilio de Jerusalén, una reunión de los líderes del Camino en su sede, Jerusalén. El tema fue la circuncisión de los numerosos nuevos creyentes **gentiles**, casi todos residentes fuera de la Tierra Santa, en las muchas provincias y naciones que conformaban el extenso Imperio romano. La pregunta planteada al concilio fue: ¿debía exigirse a los seguidores **gentiles** del Mesías Yeshua que se convirtieran en judíos? La circuncisión del prepucio masculino era el acto que marcaba el abandono de la identidad **gentil** y la adopción de una nueva identidad judía. Esta operación física no era simplemente una muestra idealista de simpatía o solidaridad con el pueblo judío. Quien era circuncidado se convertía literal, tangible y legalmente en judío, igual que alguien nacido judío y que siempre había vivido como tal.

Los comentarios cristianos, antiguos y modernos, suelen hablar de la circuncisión de los **gentiles** como «judaización». Invariablemente, la perspectiva es que, al circuncidarse, un creyente **gentil** adopta un ritual judío inútil que representa obediencia a la Ley judía. Así, supuestamente se forma una mezcla impía entre el cristianismo y el judaísmo. Espero que ahora puedan ver que esa no era la cuestión, el significado ni la intención de circuncidar a los **gentiles**; se trataba, más bien, de convertir a esos **gentiles** creyentes en judíos de pleno derecho (o, mejor dicho, en creyentes judíos).

¿Por qué tantos creyentes judíos pensaban que los **gentiles** creyentes debían circuncidarse? En primer lugar, les parecía evidente que el movimiento de Yeshua, del que surgió el Camino, no era más que una nueva secta del judaísmo. El fundador del movimiento era un judío de la Tierra Santa: Jesús de Nazaret. Lo único que distinguía a esta secta de las demás era su creencia de que Yeshua de Nazaret era el Mesías largamente esperado. Los miembros del Camino también practicaban los demás elementos habituales del judaísmo, reconocidos sin importar a qué

facción judía se perteneciera. No hace falta especular al respecto; lo leemos en Hechos 21.

Hechos 21:18-20 (CJB)

18 Al día siguiente, Sha'ul y los demás fuimos a ver a Ya'akov, y estaban presentes todos los ancianos.

19 Después de saludarlos, Sha'ul describió detalladamente cada una de las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por medio de su labor.

20 Al oírlo, alabaron a Dios; pero también le dijeron: «Hermano, ves cuántas decenas de miles de creyentes hay entre los judíos, y todos son celosos de la Torá».

Cuando en el versículo 20 nuestra Biblia Completa Judía usa el término «la Torá», la palabra griega es **nomos**, que se traduce más literalmente como «ley» y suele escribirse «Ley» en las Biblias en inglés. Por tanto, el sentido probablemente se refiere sobre todo a la **Halakhah** —que ciertamente incluye la Ley de Moisés—, conocida popularmente como Ley rabínica o ley judía. El punto es que los creyentes judíos, especialmente los que vivían en la Tierra Santa, continuaron siendo judíos y observando las mismas costumbres, tradiciones y leyes bíblicas de Moisés que siempre habían observado.

La idea era, entonces, que quien quisiera formar parte de esta nueva secta del judaísmo, por supuesto, tendría que ser judío. Por tanto, una persona no judía debía circuncidarse para convertirse en judía.

La segunda razón por la que los creyentes judíos pensaban que los **gentiles** debían circuncidarse era que los **gentiles** planteaban problemas de pureza ritual para los judíos. Aunque Pedro había aprendido por revelación directa del Señor en Hechos 10 que Dios no consideraba intrínsecamente impuros a los **gentiles**, estos evidentemente no observaban las leyes de la Torá que definían la pureza ritual adecuada ni lo que debía hacerse cuando alguien quedaba impuro. Por eso había que resolver el problema práctico de que los judíos se relacionaran con creyentes **gentiles**. Como estos asistían —o al menos querían asistir— a las sinagogas judías, ponían a los miembros de la congregación en riesgo de volverse ritualmente impuros. La solución parecía dolorosamente obvia (con intención de hacer el juego de palabras): ¡circuncidar a esos creyentes **gentiles** adultos y convertirlos en judíos! Problema resuelto. Sin embargo, la visión de Pedro y el Espíritu Santo descendiendo visiblemente sobre el **gentil** Cornelio y su familia dejaron claro que, desde

la perspectiva de Dios, los **gentiles** no necesitaban convertirse en judíos para adorar al Mesías Yeshua. De acuerdo; pero, si no era mediante la circuncisión, ¿cómo podía resolverse el asunto de la pureza ritual? El resultado fue que se exigirían inmediatamente cuatro reglas —todas prohibiciones— a los creyentes **gentiles**: no debían involucrarse con cosas sacrificadas a los ídolos (principalmente alimentos), cometer ningún tipo de pecado sexual inmoral (fornicación), estrangular animales destinados al consumo ni incumplir las leyes de la Torá relativas a la sangre. En realidad, cada una de estas cuatro «reglas» representaba una categoría de conductas definidas en la Ley de Moisés. Si los creyentes **gentiles** las obedecían escrupulosamente, como ya hacían sus equivalentes judíos, serían considerados ritualmente puros y podrían asistir a las reuniones de la sinagoga y compartir la mesa con creyentes judíos.

Aprendimos que cada una de estas cuatro reglas provenía directamente de la Ley de Moisés y que todas estaban relacionadas con los alimentos de una u otra manera. También aprendimos que el decreto del Concilio de Jerusalén no decía ni insinuaba que los **gentiles** no tuvieran más obligaciones que estas cuatro reglas, ni que la Ley hubiera sido descartada para los creyentes **gentiles**. Más bien, como dice Hechos 15:21: «Porque desde tiempos antiguos, Moshe ha tenido en cada ciudad quienes lo proclaman, y sus palabras se leen en las sinagogas cada Shabat». La idea era que las cuatro reglas fueran el punto de partida para los creyentes **gentiles**: el examen de ingreso. **Si las seguían**, podían asistir a las sinagogas. Allí aprenderían la Ley de Moisés de los maestros judíos y, con el tiempo, adquirirían el conocimiento y la disciplina necesarios para conocer y obedecer cada vez más la Ley bíblica.

Así se resolvió un enorme problema: los creyentes **gentiles** podían seguir siendo **gentiles** y asistir a las sinagogas judías si acataban el decreto del Concilio de Jerusalén, que, por cierto, no era tan sencillo como parece a los cristianos de hoy. También eran buenas noticias para los creyentes judíos, que ya no tenían que preocuparse de quedar ritualmente contaminados por aquellos **gentiles** sinceros, pero posiblemente impuros. Con esta decisión, Pablo tenía la base necesaria para comenzar su segundo viaje misionero, sabiendo que contaba con autorización oficial para declarar a los **gentiles** que no tenían que circuncidarse ni convertirse en judíos para ser salvos por Yeshua o para adorar y tener comunión en las sinagogas. Pero observen algo más: tampoco se sugería ni insinuaba que, si un **gentil** QUERÍA circuncidarse, convertirse en judío

y adorar a Cristo, no debía hacerlo; era una elección personal. Sin embargo, en lo relativo a su posición ante Dios y a la salvación en su Hijo Yeshua, la circuncisión no ofrecía ningún beneficio adicional al **gentil**. Por eso, si el motivo para circuncidarse era obtener algún mérito extra, esa motivación era equivocada.

Pasemos a Hechos 16. Quiero que observen un giro sutil pero interesante en estos pasajes. En la introducción a Hechos les dije hace mucho tiempo que finalmente encontraríamos lo que los estudiosos llaman los «pasajes del nosotros». Casi todos los párrafos de Hechos narran, desde la perspectiva del autor, que cierto personaje bíblico hizo tal o cual cosa; se indica que «ellos» hicieron esto o que «él» dijo aquello. Pero hay lugares en los que el autor de Hechos, Lucas, dice «nosotros» y «nos», incluyéndose obviamente en los acontecimientos. En otras palabras, aunque Lucas escribió el libro de Hechos principalmente usando testimonios de testigos y documentos fuente de otros, hubo ocasiones en las que estuvo presente cuando sucedieron ciertas cosas. Así sabemos, como aquí en Hechos 16, que Lucas no solo conocía personalmente a Pablo, sino que lo acompañó en algunas de sus aventuras. Encontramos un ejemplo en este capítulo, en el versículo 10.

LEAN TODO HECHOS, CAPÍTULO 16

El versículo 1 presenta a Timoteo, quien, 150 años más tarde, tendría dos libros de la Biblia con su nombre. Pablo viajó, aparentemente solo, desde Antioquía de Siria hasta Derbe y Listra; allí se encontró con Timoteo. Por cierto, como leo la **CJB**, las ediciones antiguas de esta Biblia tenían un error tipográfico y omitían la palabra Derbe; las ediciones más recientes lo han corregido. El texto bíblico no deja claro si Timoteo vivía en Derbe o en Listra, ni si Pablo lo conocía antes de salir de Antioquía o se enteró de su existencia al llegar a la región de Derbe y Listra. Hechos 16 nos dice muy poco sobre Timoteo, salvo que su madre era una creyente judía y su padre un **gentil** pagano. No sabemos si su padre estaba vivo o muerto, pues no participa en el relato; y, francamente, ni siquiera es seguro que sus padres estuvieran casados. Sin embargo, sabemos que Timoteo era discípulo de Cristo.

El capítulo 1 de 2 Timoteo nos da más información: su madre se llamaba Eunice y su abuela, Loida; ambas eran creyentes. Por lo general se supone que las dos llegaron a creer en Yeshua durante el primer viaje misionero de Pablo a Derbe y Listra. Estoy de acuerdo, pues parece lógico: ¿cuándo más habrían tenido la oportunidad de oír el Evangelio, si no fue

por medio de Pablo? Lo importante, no solo para esta historia sino también para 1 y 2 Timoteo, es que la madre de Timoteo era judía; les mostraré por qué esto importa.

El versículo 2 explica que los judíos creyentes de Listra e Iconio hablaban muy bien de Timoteo, por lo que Pablo quiso que lo acompañara durante el resto del viaje. Pero, antes de confirmarlo, Pablo insistió en que Timoteo se circuncidara. El pasaje dice que lo hizo «a causa de los judíos que vivían en aquella región», quienes sabían que su padre era un **gentil** pagano. Así que, incluso después de la visión de Pedro con la sábana llena de animales, de que Cornelio recibiera visiblemente el Espíritu Santo y de la reciente decisión del Concilio de Jerusalén de no exigir la circuncisión —reunión a la que Pablo había asistido—, Pablo insistió en circuncidar a Timoteo. ¿Por qué? ¿Fue un acto de hipocresía? Muchos comentarios bíblicos dicen que sí; algunos Padres de la Iglesia primitiva se esfuerzan por exonerar a Pablo diciendo que hizo lo incorrecto por las razones correctas. Lo hizo para llevar el Evangelio a los **gentiles**, y eso, según ellos, de algún modo pasa por alto cualquier actitud equivocada o intento carnal de facilitar el acceso a las sinagogas judías haciendo que su compañero **gentil** se circuncidara y se convirtiera así en judío. Escuchemos lo que dijo el Padre de la Iglesia primitiva Crisóstomo en su Catena sobre los Hechos de los Apóstoles:

«Antes de que el bendito Pablo, quien él mismo había recibido la circuncisión, enviara a Timoteo a enseñar a los judíos, primero lo circuncidó para que Timoteo, como maestro, fuera más aceptable para su audiencia. Así que Pablo practicó la circuncisión precisamente para abolirla...»

Aquí tenemos el ejemplo de un Padre de la Iglesia que solo pudo resolver el dilema doctrinal que él mismo se había impuesto —que la circuncisión es intrínsecamente mala— afirmando que Pablo la practicó con el único propósito de eliminarla del judaísmo y de la cristiandad.

El primer problema que encontramos al intentar comprender el caso de Timoteo es básico, pero quizá sea el núcleo de la cuestión: ¿nació Timoteo **gentil** o judío? La mayoría de los comentarios bíblicos supone que era **gentil**. Esto les resulta especialmente difícil de explicar porque aquí vemos a san Pablo exigiendo que este joven **gentil** se circuncide antes de incorporarlo a su equipo misionero, algo que parece contradecir directamente la decisión del Concilio de Jerusalén. Pero les digo que la solución no es tan difícil: Timoteo no era **gentil**; nació judío.

Los judíos determinan si un niño es judío según la madre biológica, **NO según el padre biológico**. Reconozco que este tema es polémico, especialmente entre estudiosos **gentiles**, que debaten cuándo se convirtió la descendencia matrilineal en costumbre judía y cómo determina Dios si una persona es judía. No profundizaremos demasiado, pues se han escrito varios buenos libros sobre la pregunta general «¿qué es un judío?». ¿Es una raza, una religión, una nacionalidad, una mentalidad? ¿Es una identidad que una persona puede elegir libremente y cambiar después? Podríamos quedar atrapados durante mucho tiempo en esta cuestión.

Josefo y otros escritores de aquella época dan por sentada la descendencia matrilineal —por parte de la madre— para determinar si un niño es judío. La **Mishná Kiddushin** y la **Tosefta Kiddushin** también parecen favorecer la determinación según la madre. Además, hay un pasaje bíblico en Esdras que lo insinúa claramente:

Esdras 10:1-3 (CJB)

1 Mientras Ezra oraba, confesaba sus pecados, lloraba y se postraba ante la casa de Dios, se reunió a su alrededor una gran multitud de hombres, mujeres y niños de Israel, y el pueblo lloraba amargamente.

2 Entonces Shecanías, hijo de Jehiel, uno de los descendientes de Elam, dijo a Ezra: «Hemos sido infieles a nuestro Dios al casarnos con mujeres extranjeras de los pueblos del país. Pero, a pesar de ello, todavía hay esperanza para Israel.

3 Hagamos un pacto con nuestro Dios para despedir a todas estas esposas, junto con sus hijos, siguiendo el consejo de Adonai y de quienes tiemblan ante el mandamiento de nuestro Dios. Actuemos conforme a la Torá».

Es evidente que el caso relatado en Esdras trata de hombres judíos que se casaron con mujeres **gentiles** extranjeras y tuvieron hijos con ellas. La decisión es que Ezra entiende que, como esos niños nacieron de mujeres **gentiles**, también deben ser enviados lejos junto con sus madres. ¿Por qué? Porque, aunque sus padres biológicos fueran judíos, sus madres biológicas eran **gentiles** y, por tanto, los niños también eran **gentiles**.

Funciona así: el hijo de una madre judía y un padre **gentil** es judío. El hijo de una madre **gentil** y un padre judío es **gentil**. Si una mujer **gentil**

se convierte al judaísmo —como hizo Rut— y tiene un hijo con su esposo judío, ese niño es judío porque su madre se convirtió al judaísmo.

El doctor David Stern añade este dato interesante en su Comentario judío del Nuevo Testamento:

«La importancia de rastrear la identidad judía a través de la madre aumentó cuando la vida judía se vio alterada y las familias judías fueron separadas por conquistadores y perseguidores. Los rabinos razonaron, primero, que cuando las mujeres judías sufrían abusos podía ser imposible determinar quién era el padre y, por tanto, si era judío; y, segundo, que, como las lealtades de un niño suelen estar determinadas por la madre, que pasa más tiempo con él, es más probable que un niño criado por una madre judía y un padre gentil crezca siendo leal al judaísmo que un niño de padre judío y madre gentil, quien no le dará la formación temprana que fomenta esa devoción».

Creo, junto con el doctor Stern, que es muy probable que Eunice, esta mujer judía de la diáspora de nuestra historia, pensara poco en las consecuencias de casarse con un hombre **gentil**. Ella y probablemente su madre, Loida, estaban plenamente asimiladas al Imperio romano **gentil** y no eran judías especialmente observantes. Su familia había vivido en tierras **gentiles** durante siglos, desde el exilio babilónico, por lo que cualquier conexión con su identidad judía era distante, aunque la reconocieran. Vemos algo parecido entre los judíos de hoy: quizá la mayoría, incluso en Israel, siente poca o ninguna lealtad hacia su antigua herencia hebrea. Se casan con personas de cualquier etnia o religión de las que se enamoren y no consideran importante en qué religión, si acaso alguna, se críe a sus hijos. En cambio, los judíos más estrictos, tanto en la antigüedad como hoy, solo se casan con otros judíos e insisten en que toda la familia siga el judaísmo y sea instruida en sus caminos.

Probablemente, llegar a creer en Yeshua —gracias a Pablo— produjo un verdadero cambio de corazón en Loida y Eunice, cuando comprendieron el gran valor de ser judías. ¿Qué dijo Pablo sobre el privilegio de ser judío?

Romanos 3:1-2 (CJB)

[1] Entonces, ¿qué ventaja tiene el judío? ¿Qué valor tiene la circuncisión?

[2] ¡Mucho en todos los sentidos! En primer lugar, a los judíos se les confiaron las propias palabras de Dios.

Pero en algunos aspectos de la vida, cuando finalmente comprendieron la ventaja de su herencia judía, quizá ya era demasiado tarde. Timoteo era el inocente producto de un matrimonio ilícito que ciertamente no se habría aprobado en tiempos de Esdras y Nehemías. Así que, aunque Timoteo técnicamente era judío porque su madre era judía, tenía un padre **gentil** —y era responsabilidad del padre asegurarse de que su hijo recibiera el **brit milá**, la circuncisión—, Timoteo no había sido circuncidado, aunque la ley judía exigía que lo fuera muchos años antes, al octavo día de su nacimiento.

En resumen: Pablo no estaba actuando con hipocresía ni convirtiendo a un **gentil** en judío; estaba validando el valioso derecho de nacimiento judío de Timoteo. Timoteo nació judío, pero no había sido circuncidado conforme a la Ley de Moisés. Pablo consideró que, si Timoteo iba a ser un evangelista judío eficaz, debía ser fiel a su herencia judía y a la Ley de Moisés. Es muy probable que Pablo no realizara personalmente la delicada operación; habría buscado a un **mohel**, una persona especializada en circuncisiones, especialmente necesaria en el caso de un adulto.

Mi interpretación no es nueva. Agustín, Padre de la Iglesia primitiva que vivió en la misma época que Crisóstomo, escribió lo siguiente en una carta a otro Padre de la Iglesia, Jerónimo:

«En cuanto a la circuncisión de Timoteo por parte de Pablo, al cumplir un voto en Cencreas y al participar, por sugerencia de Santiago en Jerusalén, en los ritos prescritos junto con algunos que habían hecho un voto, es evidente que la intención de Pablo no era dar a otros la impresión de que, bajo la dispensación cristiana, la salvación se obtiene mediante estas observancias. Su propósito era evitar que la gente creyera que condenaba, como si no fueran mejores que la idolatría pagana, aquellos ritos que Dios había establecido para la dispensación anterior como apropiados para ella y como sombras de lo que habría de venir. Porque eso fue lo que Santiago le dijo: que se había difundido el rumor de que Pablo enseñaba a la gente a abandonar a Moisés. Esto sería totalmente incorrecto para quienes creen en Cristo: abandonar a aquel que profetizó acerca de Cristo… pues Cristo dijo: "Si hubieran creído a Moisés, me habrían creído a mí, porque él escribió acerca de mí"».

Diría que la evidencia indica que al menos algunos de los Padres de la Iglesia primitiva basaban su devoción a la Palabra de Dios en el mismo fundamento que nosotros en Seed of Abraham: una devoción a las raíces

hebreas del cristianismo. Eso es precisamente lo que practicaba Pablo cuando insistió en que Timoteo fuera circuncidado.

También quiero señalar algo que espero que ya les resulte evidente: lo que les he enseñado sobre la circuncisión es más que un principio bíblico interesante pero irrelevante hoy. Satanás y, por extensión, nuestras propias inclinaciones malignas parecen saber exactamente dónde es más vulnerable la estructura subyacente de nuestra fe. Si esos puntos de nuestra comprensión son atacados y conquistados, pueden causar el mayor daño al Cuerpo de Cristo. La circuncisión es una de esas vulnerabilidades. Recuerden: bíblicamente y en realidad, es el pacto de Abraham el que promete al Mesías —llamado allí la descendencia de Abraham—, quien bendecirá a todos los pueblos de todas las familias de la tierra. Lo repito: Jesucristo procede de la promesa del pacto de Abraham. Y el pacto de Abraham exige la circuncisión y se basa en ella. Sin circuncisión del corazón, no hay pertenencia al pacto de Abraham. Sin pertenecer al pacto de Abraham, no hay salvación en Cristo. Como mostré en la lección 34, la circuncisión del prepucio es el símbolo físico externo de la circuncisión espiritual interna del corazón. La circuncisión del corazón es el único camino al arrepentimiento. El arrepentimiento es la puerta de entrada a la salvación. Sin circuncisión del corazón, no hay salvación. Pablo lo explicó elocuentemente en Romanos 2. ¿Y qué ha ocurrido a lo largo de los siglos? La Iglesia se ha dejado seducir por Satanás y por las propias inclinaciones malignas de sus líderes, hasta arrojar el pacto de Abraham al basurero de la historia como si fuera un pañal sucio. Y, junto con él, en tiempos recientes ha desechado la circuncisión, señal ordenada por Dios para participar en el pacto abrahámico. El argumento es que ambas cosas son demasiado judías para que un cristiano las soporte. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

Los versículos 4 y 5 dicen que «ellos» recorrieron las ciudades entregando el decreto del Concilio de Jerusalén. «Ellos» se refiere a Pablo, Sila y Timoteo. Recordemos que Sila fue uno de los dos emisarios elegidos para acompañar a Pablo de regreso de Jerusalén a Antioquía y verificar el contenido de la carta que liberaba a los **gentiles** de la obligación de convertirse en judíos para adorar a Cristo. Sin duda, mientras el trío viajaba de ciudad en ciudad y de sinagoga en sinagoga, Sila era la figura célebre. Como resultado de esta decisión, que aseguró a los judíos que los creyentes **gentiles** no los contaminarían ritualmente y aseguró a los **gentiles** que no necesitaban convertirse en judíos para estar ritualmente limpios y asistir a las sinagogas, el movimiento de Yeshua se fortaleció y

su número creció de manera constante. Se había eliminado una barrera humana y los resultados fueron asombrosos.

A medida que continuaban el viaje, se nos dice que pasaron por la región de Frigia y Galacia (Galacia, por supuesto, da nombre a la carta que Pablo escribió a los gálatas). Se nos dice que fueron en esa dirección porque el Espíritu Santo les impidió ir a la provincia de Asia —no confundan esto con el continente moderno de Asia—.

Aunque la mayoría de las Biblias dice «Frigia y Galacia», esto es un error. No eran dos regiones, sino un territorio dentro de una región conocido como Frigia-Galática. Allí se encontraban Iconio, Listra, Derbe y Antioquía de Pisidia. Por eso no es un misterio que Pablo viajara por Frigia-Galática: ya había estado allí y había formado muchos creyentes en varias ciudades. Así que, como era su costumbre, regresaba a esas mismas congregaciones para comprobar su progreso.

Es curioso que se diga que el Espíritu Santo le impidió ir a Asia, pues no se explica qué ocurrió para «impedir» que los tres fueran. Aún hoy es común que los creyentes vean sus planes interrumpidos y atribuyan la causa al Señor, como soberano que altera los planes. Es decir, interpretan que la voluntad de Dios hizo que algo sucediera o no sucediera. Tal vez Lucas se refiera a algo así; o quizá durante la oración el Espíritu inspiró a quienes oraban juntos, de modo que todos estuvieron de acuerdo en que, por alguna razón, Pablo, Sila y Timoteo debían cambiar sus planes. En cualquier caso, entendieron que su incapacidad para ir a Asia era voluntad de Dios y no se opusieron.

Habían estado viajando hacia el oeste, así que, tras cambiar sus planes, se dirigieron al norte. Bitinia era una zona muy civilizada y densamente poblada del noroeste de Asia Menor, con muchas ciudades romanas y también numerosos asentamientos judíos. Los discípulos siguieron adelante, pero encontraron otra señal divina de «ALTO»; esta vez, los versículos dicen que procedía del Espíritu de Yeshua. De nuevo, es difícil comprender exactamente qué significaba. El término «Espíritu de Yeshua» aparece solo un par de veces en el Nuevo Testamento. Es posible que, durante la oración, el Espíritu que les habló se identificara como Yeshua; y, considerando que Pablo dirigía la expedición, eso tendría sentido. Después de todo, antes de creer, cuando iba camino a Damasco, Pablo quedó cegado por una luz brillante y se enfrentó a Yeshua, quien se identificó abiertamente. Así que quizá, por el nombre, el método o ambos, Pablo pensó que era Yeshua quien les bloqueaba el camino.

Entonces decidieron atravesar Misia y viajar a Troas. Alejandría de Troas era una ciudad portuaria que tenía el estatus de colonia romana; por tanto, contaba con un gobierno romano que operaba bajo la ley romana. Allí Pablo tuvo una visión que esta vez no era una advertencia para evitar un lugar específico, sino una orden de ir a una región que aparentemente no había incluido en sus planes. Él y sus compañeros debían cruzar el mar Egeo y entrar en Europa. La capacidad de Pablo para hablar griego con fluidez y su posición poco común como ciudadano romano —algo inusual para un judío— pronto serían muy útiles.

La próxima vez continuaremos acompañando a Pablo en su segundo viaje misionero